

# **Éramos cinco**

Cuento de Nathalie HC Página 3

## La fugaz vida de Artura

Cuento de Ernestino Página 9

## **Libraste Tribales Libretas**

Poemas de Matías De León Página 22 El día que me enteré de que mi hermano mayor había muerto yo estaba en la casa de mis padres. Me quedé un rato viendo el techo, pensando qué hubiera hecho yo si la noticia me encontraba en Oslo, Cusco o Arachania. ¿Me hubiera comprado un pasaje para volver a casa lo más rápido posible y encontrar a todos ya secándose las lágrimas? Quizás directamente no me hubiera enterado, porque ellos serían capaces de omitir cualquier dato para darme la sorpresa en navidad.

Me había despertado el llanto de mamá. Siguió llorando a gritos por un par de horas. Al principio me senté junto a ella, pero después encontré que sería más útil hacernos algo de comer. Para cuando terminé de disponer el desayuno, caliente y proteico, sobre la mesa ella ya estaba en silencio, acurrucada sobre mi hermano chico, agitándose solo en los espasmos de respirar.

Papá, parecía, estaba triste solo por mamá. La noticia lo había llenado de una energía desordenada, y se puso a arreglar la estantería rota del entrepiso, entre otras tareas que requerían algo de fuerza. "Lo que no hacemos hoy, no lo hacemos más", decía, y rescataba el martillo del fondo del baúl. "Lo que no hacemos hoy, no lo hacemos más", repetía, y subía la escalerita de mano.

A mí lo que me preocupaba era mi incapacidad para interiorizar este cambio. Para decir la verdad yo no pienso mucho en mi hermano. Y, cuando lo hago, no pienso en él como un ser vivo, humano y mutable. Por eso no sabía si



sería capaz de matar la remota imagen que tengo de él en mi cabeza. No quiero que un día, por simple costumbre, yo vaya a preguntarle a mi mamá si recibió carta de mi hermano, que ahora está muerto, y la haga ponerse a llorar otra vez.

Pensé en guardar un pedacito de papel en mi billetera que dijera "tu hermano está muerto" para leerlo dos por tres y acordarme. Pero a veces dejo papelitos en mis bolsillos y mi mamá revisa los bolsillos de la ropa antes de ponerla a remojar. Imagino que, si lo encontrara, sería peor el remedio que la enfermedad.

"¿Vamos a hacer un velorio?", pregunté al bajar mi taza vacía. Eso encendió un murmullo de polémica entre la familia extendida, que empezaba a merodear la casa. Mi abuelo, que supo manejar las escuetas finanzas de cinco generaciones a la vez, dictaminó que sería una locura mandar a traer el cuerpo desde tan lejos. "Los aviones siempre se retrasan, ¿no es verdad? No podemos gastar una fortuna para que llegue dentro de tres días, medio descompuesto, y terminar a cajón cerrado igual".

"¡Qué atraso!" dijo mi abuela. "Tendría que haber una manera." Y me imaginé a mi hermano en un contenedor industrial refrigerado, rodeado de yogurcitos, y salmones, y otras carnes de animales exóticos colgadas en sus ganchos. No me cayó en gracia la idea porque sé que a mi hermano no le gustan los yogures, ni los espacios cerrados, ni la industria.

"¿Por qué no pedimos que lo cremen allá, y que nos manden las cenizas en un tupper?" sugerí. De esa manera, pensé, hasta podríamos repartirlo. Pero el abuelo decía que en esos países no hay crematorios, ni embajadas, y que en todo caso no serían muy confiables. "Al no estar uno ahí para supervisar, corremos el riesgo de que nos manden cualquier cosa. No estoy yo como para andar velando nietos de otros".

Así que se decidió que nosotros haríamos un funeral sin muerto - o sea, sin uno material y disponible - mientras que el cuerpo de mi hermano permanecería en Samoa, a disposición de sus familiares más recientes.

Me retiré a mi cuarto a revisar las cartas de mi hermano, en busca de material para una semblanza o discurso de despedida. En la vida real nunca había visto un velorio con orador - más que un cura protocolar - pero imaginé que íbamos a suplir la falta de cuerpo con algo de parafernalia. Imagínennos a todos, un día entero sentados, llorando en torno a un cajón vacío.

Primero apilé las cartas, separadas por receptor y en orden cronológico. Descubrí que solo había una carta a mi padre - correspondiente a una semana en la que mamá se pasó en el hospital. Mi hermano chico no tenía cartas, sino 4 postales. Mi montón de cartas, después de todo, era más alto que el de mamá. Me había escrito muchas menos veces, pero más páginas.

Es que era difícil seguirle el rastro y hasta mamá perdía la paciencia. A veces él le decía que se iba a quedar 15 días más en un lugar, pero no cumplía, y la carta de mamá nunca llegaba a sus manos. Yo nunca intenté contactarme con él y hubo varios años - a partir del momento en que se fue - en que nuestra relación fue nula. Sin embargo, cuando mamá le contó que yo estaba preparando mi primer viaje, apareció en el buzón una carta eterna, dirigida a mí, plagada de consejos que iban desde cómo armar la mochila hasta las maneras menos deshonestas de obtener dinero de turistas y locales - con su análisis personal de por qué eran menos deshonestas.

En ese momento yo estaba contenta de irme, pero también tenía mucho miedo. Cuando le contesté a esa carta aún tenía preguntas por hacer y además, lo convertí a él en el guardián de protocolos de mi hora de morir - por si algo me pasaba. Ahora

tendría que delegarlo a otra persona... no recordaba haberle escrito qué quería que hicieran con lo que quedara de mi cuerpo sino que más bien mis órdenes hablaban de contraseñas y pines de cuentas por cerrar, escondrijos de alcancías y diarios que habrían de quemarse en un asado.

La cuestión es que - sospecho que más por acompañarme en mis temores que por verdadera intención - él hizo lo propio. Y yo acababa de descubrir y recordar que tenía ahí, en mi pila de cartas, instrucciones precisas para su velorio y entierro.

Quiero que pongas mi cenizas (o lo que puedas juntar de mis cenizas) en una estructura piramidal de 10 cm de altura. No importa si se desborda. La pirámide va a ir dentro de un cubo transparente. Las formas son importantes, ya te explicaré por qué. Y ese cubo, adentro del cajón, y el cajón, abajo de la tierra.

Nada me daba la seguridad de que mi hermano hubiera podido comunicar con exactitud instrucciones tan precisas a sus compañeras. Menos aún que alguna de ellas fuera a ser tan leal como para seguir el plan punto por punto.

El cubo transparente no era un problema. Hacía poco que había comprado un aparato que venía en un empaque similar. Sí, era un poco más largo de uno de los lados, pero tenía poco tiempo para ser minuciosa. Entonces sustraje útiles escolares y una cartulina blanca - al reverso tenía un esquema del sistema solar, y al anverso un MBSte - de los cajones de mi hermano chico.

Primero tuve la duda de si él se habría confundido pirámide con tetraedro pero opté por pensar que no, y partí de un cuadrado. Para adelantar, me puse a masticar la primera media hoja de mis cartas, y algunas gotitas de saliva iban salpicando mi proyecto de poliedro. Mi saliva, tan similar a la suya, mezclada con sus palabras, tenían que ser un sustituto suficiente.

Cuando llevaba dos hojas y media de sustancia masticada me di cuenta de que estaba haciendo triángulos de 10 cm de altura,

en vez de darle esa altura a la pirámide misma. Hice los cálculos y empecé de cero.

Mi casa, mientras tanto, estaba totalmente movilizada. Mi hermano, con la asistencia esporádica de papá, organizaba el velorio e invitaba conocidos. Me dio por pensar en la asimetría de su trabajo grande, de aspavientos, y mi trabajo chiquito, de sentarme en un rincón y me pregunté por qué ellos siempre me dejaban tranquila.

Como siempre, me faltó una solapa - es decir, la dibujé, y después me la comí al recortar - y tuve que emparchar nuestra pirámide con una cinta adhesiva de lo más vulgar. Intenté rellenar la pirámide con el engrudo de mi hermano, pero se veía fea, humedecida, así que me tomé una libertad artística: metí el engrudo directamente en el cubo transparente y le dibujé, con marcador permanente, un triángulo en cada uno de los cuatro laterales. Era una pirámide conceptual, y creo que a mi hermano le hubiera hecho gracia la idea.

Cuando el cubo ya estaba en el cajón y la gente empezaba a llegar a la sala de los muertos comprobé que no había foto. Donde yo hubiera querido una imagen de mi hermano, refulgente de bronceado, había una imágen de jesús, refulgente de angelitos.

Papá y mamá explicaban la falta de fotos diciendo que mi hermano vino en los tiempos de la crisis. El chiquito y yo tenemos hasta cintas VHS de nuestros primeros pasos. La única foto que encontré de mi hermano es de hecho una foto de bebé. Lo sostiene mi mamá, contra su cara, radiante y orgullosa. El problema es que luego hay otra foto exactamente igual, pero que incluye a mi papá al otro lado del bebé. Evidentemente papá pudo entrar en el cuadro porque ya había un cuarto integrante de la familia para sostener la cámara, y el bebé de esa segunda foto soy yo.

Ensayé poner la foto rescatada en la esquina inferior derecha de yisus, sostenida por el marco. Daba la impresión de que era mamá, o hasta yo misma, la que se había muerto, así que tuve que sacarla inmediatamente.

En uno de mis descansos salí al pasillo y encontré a mis tíos y mi primo. Hacía frío ahí, lejos del resto de la gente. Mi primo se quejaba de que las técnicas que aprendía en clase no las podía aplicar en nada. Le pregunté si no le servían para trabajar con sus alumnos y me contestó que ni ahí, que esos gurises eran diferentes. La tía le pidió que bajara la voz y él salió a fumar.

Ella me abrazó, y pensé que era un buen momento, una buena persona, para confesar lo que me quedaba en el tintero. "¿Cómo no te acordás de la cara de tu hermano? No eras tan chica cuando se fue." Y no, no me acuerdo. "¿Cómo decirte, sobri? Era igual a vos, pero varón. Igual a vos, con el pelo más largo". Le dije que esa idea no me reconfortaba mucho.

"Mirá, sobri", intervino mi tío, sin que nadie le diera vela en ese entierro "hay un camino que es de dios, y otros que no. Si tu hermano hubiera seguido el camino de dios, capaz que te acordarías de él. Dejalo así".

Esa noche dormí en la cama grande con mamá. Llevaba varias semanas sin pelarse y, con nuestras frentes pegadas, pude jugar a alternar el foco de mi vista entre los pelitos pinchudos de más allá y más acá de su cabeza. Dormimos con la luz del comedor encendida.

No les guardé rencor a esos tipos que, en la otra punta del mundo, habían velado de cuerpo presente a la persona más cool de este planeta. En cambio, sentí envidia de él, de mi hermano, de venir a morirse tan lejos de donde había nacido, rodeado de sus compañeros de credo, borrachos y felices, de sus tres esposas, oscuras y rellenitas, y de un montón de niños que se quedaban con su nombre impronunciable.



#### CONCEPCIÓN:

La mosca Rigoberta hacía cinco días que estaba en esa casa. La señora dueña se había ido una semana al interior, y había dejado olvidada en el tacho de la cocina, una bolsa rebosante de basura que poco a poco se fue pudriendo. Rigoberta, no desaprovechó esa oportunidad. A eso de las ocho de la noche, eligió el tacho como lugar de parto, y esa misma madrugada puso hasta 8.000 huevos.

Las diminutas y blancas bolitas se esparcieron dentro y fuera de la bolsa; por la pared cercana a la heladera; por las baldosas sin barrer, y retozaron durante un buen rato. En el correr de la mañana, las larvas eclosionaron, y comenzaron a devorar restos orgánicos, altamente ricos en nutrientes. Eran unos gusanitos amarillentos, de un tamaño de 3 a 9 milímetros de longitud, que se arrastraban con asombrosa rapidez. No tardaron en aprovechar la -para ellos- inmensa bolsa, como cobijo, aunque algunas, más anárquicas, culminaron a solas su alimentación, bajo el juego de comedor; contra la cómoda; o bordeando algún sillón, ya invadiendo el living. Al mediodía, sea donde estuviesen, cada una de ellas se transformaron en pupas. Otra vez eran unas bolitas, ahora marrones o rojizas, y de 8 milímetros. Rigoberta y los otros adultos deambulaban la casa; los adornos; el tapizado; el baño; la habitación de la mujer; buscando alimento.

La señora de casa, avanzaba por la ruta, de regreso, en un micro. No se imaginaba lo que le esperaba al llegar.

#### DÍA 1:

A las cinco de la tarde, las mosquitas, apresadas dentro de las pupas, lucharon por salir, pateando las duras pero rompibles paredes de las mismas. Sólo 34 murieron en el intento, asfixiadas. Las demás, lograron hacer el corte circular, y salieron al exterior, aspirando el frío y exquisito aire.

Artura, a un costado del tacho, desplegó sus alitas, y las probó un par de veces. No voló muy alto, aunque desde un principio tuvo destreza para aterrizar. Pasó los primeros minutos de su vida posada en una pared, viendo el ruidaje que unos moscardones hacían, alrededor de unas cacerolas y sartenes. Se exaltó de pronto, al ver avanzar hacia ella con urgencia, a algunos machitos, pero luego comprendió que no había remedio. Se dejó montar por uno, al igual que otras miles en distintos puntos de la cocina y el living.

El apareamiento terminó, y la casa lentamente iba quedando a oscuras de nuevo, a medida que se acercaba el ocaso.

Ni las moscas niñas, ni las adultas, se turbaron al oír el ruido del portón; pero cuando la señora abrió ingenuamente la puerta, dejando entrar la poca claridad que le quedaba al día, se echaron a volar todas, enloquecidas:

-Ahhhhhh- aulló aterrada la doña, tapándose la cabeza con las manos, mientras miles de moscas le revoloteaban, algunas saliendo al exterior, otras confundiéndose con sus ropas, aquellas yendo a inspeccionar las plantas del patio, estas posándose como imantadas en la lamparita.

En el caos, la mujer atinó a prender la luz del comedor y la cocina, y largó un grito idéntico al primero, al ver un tumulto de moscas, moscardones, larvas atrasadas, pupas abandonadas.

Tomó el repasador de la mesa, y empezó a sacudirlo en todas direcciones, o golpeándolo contra las paredes, o los muebles sin cosas frágiles. Corrió, pegando grititos hasta el baño, y tomó el antiguo aparato rociador de insecticida, herencia de su madre. Siempre lo tenía lleno, por si acaso, pero eran tantas las moscas que había, que lo vació pareciéndole que apenas había rociado algo.

Bien. Hablemos un poco de números, una vez finalizada la matanza: 83 moscas murieron por golpe de repasador. 359 por los efectos del insecticida. 56 sobrevivieron dentro de la casa, a pesar del veneno, y unas 6.500 aproximadamente, huyeron o se quedaron, completamente sanas, en los alrededores del patio o la finca en general. Rigoberta fue, lamentablemente, una de las que murió intoxicada, junto a un florero de margaritas artificiales. Pero Artura tuvo suerte: fue una de las 56 sobrevivientes que se quedaron en la casa, escondidas, o simplemente fuera del alcance de la vieja, que ya no se ocupaba de ellas, sino de baldear la cocina, sacar la basura, lavar el tacho que tenía mayonesa desparramada en el fondo. En esa limpieza, otras 148 larvas fenecieron aplastadas, o trituradas por el trapo de piso. Los moscardones, tuvieron suertes dispares: 37 también huyeron, pero 26 la guedaron. Uno de ellos, Manolo, vale decir que se lo buscó. La doña le tiró decenas de golpes de repasador, junto al extractor apagado. Tuvo decenas de oportunidades de escurrirse entre las aletas inmóviles y huir; pues no, se empecinó en quedarse, y finalmente recibió un golpe de dura tela, certero y lapidario. El padre de Artura, por el contrario, escapó en la majuga.

#### DÍA 2:

Artura no se mostraba triste, ni siquiera alterada por el fallecimiento de su madre; de varios de sus tíos; y de muchísimos de sus hermanos. Sin embargo, no era de buen humor. No era muy sociable: en realidad ninguna de sus

hermanas (a las que ella llamaba apenas <<compañeras>>) lo eran; pero al fin, era huraña. Con la única que se llevaba más o menos bien, era con su hermana Nuria, a pesar de ser atrevida, y hasta temeraria, en ocasiones. Con los varones, no se llevaba, por lo escandalosos, pero sobre todo por lo incestuosos. Le tenía especial fastidio a Ronald, que la había montado. Claro que ella aún no tenía síntomas de preñez, pero lo rechazaba por descortés. A Ronald no le importaba mucho esto; se pavoneaba todo el día con los muchachos, atrás de la heladera, al parecer la zona "cool". Pero a quien bancaba menos Artura, era a la señora de casa. ¡Qué vieja más tacaña! Apenas si comía, y cuando lo hacía, era un milagro que dejara alguna sobra. Artura se olvidó de cuántas excursiones hizo hacia la mesa de la cocina, buscando migas de galletas. Poco y nada. Nuria, risueña, a pesar del hambre, jugueteó con ella, sin lograr cambiarle la cara de alunada

Tío Íbero, era el único moscardón de la casa. Era bastante dormilón, y curiosamente tranquilo; pero había ratos que se ponía denso. La vieja se irritaba, y Artura tenía sentimientos encontrados: por momentos la divertía la impertinencia de su tío, por cómo hacía poner a la doña; pero llegado un punto, ella misma se hartaba de los zumbidos que el viejo daba, y deseaba que un golpe de palmeta lo alcanzara.

Si sería tacaña la vieja, que a pesar de saber que había sobrevivientes del día anterior, no había comprado más insecticida. Pero eso era un alivio para Artura y para los demás, que tragaban con ruido.

#### DÍA 4:

La vieja era rutinaria. No tardaron en aprenderse su itinerario. Se levantaba a las ocho, y se preparaba café (todo el tiempo tomaba café, salvo de tardecita que sorbía un té) y lo tomaba con galletas en su cuarto recostada. El almuerzo era

escuetísimo. A veces Artura se contagiaba de la desfachatez de Nuria, y revoloteaba el plato, cuando la vieja no miraba, porque quizás era la única chance de ingerir alimento, al menos en esas horas del día. A la tarde, como ya dije, té. Lo tomaba con los pies con pantuflas, apoyados con las piernas cruzadas, en la mesita del living, mirando aburridas e interminables películas del lejano oeste. A esa hora la mayoría estaba afuera, pues la vieja decidió no dejar más el tacho de basura en la cocina; lo dejaba en el patio, y el escaso alimento que se iba acumulando en la bolsa negra, era saqueado sin tardanza.

La vieja tenía un frasco de galletitas dulces, en uno de los armarios más altos del placard de los alimentos. Eso era una precaución certera para un niño, no para Artura y compañía, pero dicho frasco siempre estaba bien cerrado; era impenetrable. Nuria, cada media hora amenazaba con aprovechar que la vieja lo abriera, y meterse, así luego se quedara encerrada para siempre. Tío Íbero, con semblante de experimentado, le hacía olvidarse de esas ideas; que él también las había tenido algún tiempo atrás, pero ya había sabido borrárselas de la cabeza

La noche llegaba, y la cena también era pobre. La vieja no era vegetariana, pero hacía meritos. Nunca nuestras moscas (ni siquiera tío Íbero) vieron chillar en aceite hirviendo, a un cacho de carne. Zapallitos, berenjenas, pepinos; todo liviano y sano. Los tomates equivalían a un manjar. A Nuria le fascinaban. Esa noche la vieja comió algunas rodajas, acompañando el suflé. Con destreza, Nuria robó una pizca de pulpa, y voló a compartirla con su hermana. Artura comió de mala gana, aunque no pudo negar que estaba deliciosa.

#### DÍA 6.

Ronald era infumable. Artura lo odiaba. En cambio, los muchachones lo admiraban. Todo el tiempo hacía alarde de su

destreza; de su fuerza; de su capacidad para volar. Era el líder de esa pequeña bandada de adolescentes, y muchos lo respetaban. Pero con Artura no se metía, pues Nuria se enojaría. Y no era conveniente hacer enojar a Nuria; porque así como era risueña, podía transformarse en una fiera al instante. A lo sumo, Ronald revoloteaba a unos centímetros; pero lo suficientemente lejos como para que no se le acusara de nada.

Esa tarde, Ronald quiso inscribir para siempre su nombre, en las páginas más doradas de la historia de las moscas, y aún de los insectos en general. Contra una de las esquinas que formaban las paredes del living, un mosquito cayó preso en la telaraña de una pequeña pero temible araña. Ésta, satisfecha de su éxito, se sobraba, y no se decidía a ir a envolver a su presa. A la vista de todos, Ronald, voló como un cohete, y con un golpe fiero, libró al mosquito de la trampa, el cual quedó tan absorto, que tardó en darse cuenta de su suerte, y recién se echó a volar, cuando estaba peligrosamente cerca del piso. Los muchachones bramaron admirados, al igual que otras moscas, entre ellas —y no pudo evitarlo- Nuria, que como ya mencioné, adoraba el peligro. Artura se mostró totalmente indiferente a la escena. La araña, furiosa, se inclinó mostrando los colmillos, y se fue a su rincón. La cosa no quedaría así.

#### DÍA 7:

La noche era tranquila y apacible. La vieja limpiaba, pero a veces se dejaba estar. Las moscas, con los días se las fueron ingeniando para encontrar alimento en cualquier lado. Sin embargo, la fuente principal de comida, seguía siendo el tacho de afuera. Artura recurría a él, sólo durante el día. Al caer la noche, sólo los machos, y a veces la valentona Nuria, se quedaban escudriñando la bolsa negra; pero no eran más de las nueve, cuando ella también se metía en la casa.

A las diez, Artura se extrañó por un griterío, que se daba en el patio, y notó que decenas de moscas ingresaron por las rendijas del extractor, a la cocina. Es que había aparecido una rata —para ellos inmensa- que también pretendía disponer de la bolsa de basura, y ni Ronald pudo evitar rajar como un niñito asustado. Tío Íbero procuró que todos estuvieran calmos, para pasar una noche sin peligros. Él, como todos, sabía que no había ni una gota de insecticida en la casa, pero por otro lado, vio morir a decenas de hermanos, a golpe de repasador.

Pero la vieja no se enteró de nada. Cada tanto se paseaba por la sala, siempre tomando café, pero ni una vez entró en la cocina. De hecho no cenó.

Artura y Nuria, se posaron en la pared de siempre, cuando la vieja apagó todo, y la casa quedó en completa oscuridad.

Tanto sus compañeras como los mosquitos, se pusieron en campaña, estos últimos encarando hacia el cuarto de la doña, en busca de un poco de su sangre.

En la pileta de la cocina, a veces había restos de alimentos mojados. Nuria se dio una vuelta por allí y trajo un trocito de zanahoria, que Artura rechazó.

La vieja no dormía. Se oían ruidos en la cama: se estaría dando vueltas para uno y otro lado. Tal vez era la presencia de los mosquitos.

De repente se sintió un quejido. Las chicas no entendieron bien el ruido. El quejido se repitió. Venía del cuarto. Se fue repitiendo más seguido y más fuerte. Nuria y Artura se miraron, y volaron en la oscuridad, hasta posarse en el marco de la puerta de la habitación.

La vieja lloraba. Lloraba amargamente. Oyeron zumbar a unos mosquitos, molestos, a su lado. La vieja ahogaba un quejido, y luego retomaba el llanto.

-¿Para qué vivo?- musitó de pronto.

Tío Íbero se les sumó en silencio, y escuchó:

-¿Para qué vivo? –repitió la vieja- ¡¿Para quién?!

Lloriqueó un poco más, pero luego de hacer un poco de ruido con la nariz, la casa quedó definitivamente en silencio.

#### DÍA 9:

La primera vez que Nuria cruzó drásticamente la línea, fue ese mediodía. Temprano, la vieja salió a hacer unas compras, y volvió al rato, acompañada por un muchacho, que la ayudaba con las bolsas.

-Gracias mijo- dijo la vieja, y le dio algunas monedas de propina.

Comenzó a sacar las cosas, desparramándolas en la mesa: acelgas, zapallos, boñatos, alcachofas, un par de latas de atún, espárragos... Nuria sabía que las latas de atún eran tan impenetrables como el frasco de galletas que reposaba en la altura del estante de la cocina. Y la vieja seguía sacando cosas. Artura nunca la había visto hacer una compra tan abundante, pero dedujo que con eso se las arreglaría durante todo el largo mes, y quizás aun más. También detectó la actitud impulsiva con la que amaneció su hermana, y la observaba con atención.

La vieja sacó los espárragos del paquete, y puso agua a calentar en una olla. Nuria movió velozmente las patas delanteras. Artura la seguía mirando, pero pronto se sorprendió a ella misma, haciendo lo propio. Pero la vieja lo pensó mejor. Iba a dejar los espárragos en la mesa, pero decidió guardarlos mientras el agua hervía. Nuria vio que se los llevaba, y desesperada, voló a picotear algo, pero la doña, con inesperada rapidez, los guardó en la heladera, y la cerró, dejando encerrada a la mosca. Artura abrió bien grades los ojos. Luego de titubear, fue enloquecida a avisar a tío Íbero. La vieja se sentó en la mecedora, y se puso a tejer crochet, parloteando. Su ánimo

estaba renovado. Íbero se enteró de lo de su sobrina, y comenzó a zumbar a la vieja como loco, sin cesar. La vieja maldijo un par de veces, pero apenas dio unos manotazos. Íbero insistió, ahora con la ayuda de Artura; y la vieja al fin soltó la aguja, y se paró.

Las moscas no tenían un plan (¡¿cómo diablos decirle a la señora que Nuria había quedado en la heladera?!); pero era lo único que les salía hacer. Pero afortunadamente resultó. La vieja fue a la cocina a buscar el repasador. Íbero y Artura se pusieron fuera de su alcance. La vieja no tardó en desistir; pero ya que estaba parada, decidió comer algún bocadito de la heladera. No bien abrió la puerta de la misma, Nuria salió disparada, y su hermana y su tío largaron un suspiro de alivio. El agua ya hervía, y la vieja aprovechó para poner los espárragos.

Artura regañó largo rato a una Nuria aterida, que no paraba de temblar. Tío Íbero, como de costumbre, actuó de mediador.

#### DÍA 11.

La vieja volvió a salir, esta vez a la panadería. A tiempo, para la hora del té, y de una de sus novelas favoritas, llegó con un apetitoso budín. Artura pensó que si cada tribulación de la vieja, iba a desencadenar en una generosidad en sus compras, eran más que bienvenidos todos sus lloros. Pero la señora estaba esplendida. Era una tardecita hermosa. Desde el ventanal del living se veía un cielo celeste. Sirvió la merienda en la mesita, y con cuidado trajo la tetera. Todas las moscas presentes miraron el budín con ojos codiciosos. El atlético Ronald, apostó que robaría una buena miga de aquello. Y mientras la vieja se hundía en su sillón, voló a más no poder, y se llevó el botín. Ni se dio cuenta la mujer.

Nuria, aunque seguía achuchada, daba señales de querer volver a las andadas, pero se amilanaba de inmediato, ante la severa mirada de advertencia de su hermana. Tío Íbero, que había resuelto la diferencia del día anterior, no quiso que se reanimara. Decidió de improviso, y sin comentar con nadie, ir él en persona, a por un trocito del manjar. Fue un acto impulsivo. No tenía ni la destreza, ni la cautela de Ronald. Su edad le había quitado velocidad, y nunca fue muy silencioso que digamos. Pero con todo eso, tío Íbero se lanzó. Nadie reparó en que la vieja había traído consigo el repasador, por si acaso. Con reflejos increíbles, sacudió duramente la tela, no bien vio venir al moscardón, y lo escrachó contra la mesita, haciendo vibrar las cucharillas. Tío Íbero estaba muerto. Su cuerpo resbaló hacia el suelo, y la doña lo pateó, haciéndolo rodar hacia debajo de la alfombra.

-Éstas plagas no aprenden más- dijo con satisfacción.

Pero el buen ánimo de la vieja no duró mucho. El episodio de la novela fue algo triste, y la dejó pinchada. Y esa noche, volvió a desvelarse, y nuevamente lloró sin consuelo. Artura, y Nuria sobre todo, hicieron lo propio, por la pérdida de su tío. Esperando que al menos, el día siguiente fuese abundante en alimento.

#### DÍA 12.

Y fue así. La vieja volvió a ir de compas, y regresó con carne. Las moscas no lo podían creer. Nuria seguía compungida, pero la sed de revancha la llenaba de ímpetu. Artura había amanecido con dolor en el vientre. La preñez comenzaba a hacerse sentir.

El corte, resultó ser un pedazo de entraña. ¡La vieja se había vuelto loca! Algo grande había pasado por su mente la noche anterior. Trabajó un rato, lavando la lechuga y un par de tomates. Nadie la molestó, pues todas las moscas estaban como sedadas con el olor que salía del horno. Nuria se impacientaba; iba y venía; movía sus cuatro patas exageradamente. Artura ya no podía supervisarla, con sus dolores y sus mareos. Se sentía pesada. Procuraba murmurarle

que se tranquilizara, pero no había caso.

La vieja abrió el horno para vigilar los bifes, y Nuria no pudo evitar revolotear a escasos centímetros. Era la fuente del aroma más delicioso que había olido. Ya no estaba el tío Íbero para aconsejar prudencia, y ahora que lo recordaba, él no había tenido mucha, a la hora de su deceso.

Era carne. Un cacho cuadrado e inmenso. Una isla jugosa de alimento de primera. Pero no se daba cuenta que estaba volviendo a cruzar la línea. Ni Ronald se animaba a acercarse a más de tres metros. Artura, desde la pared de siempre, tuvo una puntada, como augurio de lo que temía que sucedería de un momento a otro. Chilló entre dolorida y asustada, pero no pudo moverse del lugar. La vieja volvió a revisar el almuerzo, abrió la cocina, Nuria se lanzó con su histórica actitud temeraria, y la vieja la encerró en el horno. No hubo mucho para hacer esta vez. A la vieja se le quemó un poquito la entraña.

#### DÍA 14:

Artura entró en un estado de trance, que si se quiere, le fue provechoso. Al llegar la mañana, tenía una calma indiferente. Casi tan indiferente como el día de la matanza, cuando perdió a su madre y a otros tantos. Ni hambre tenía ya. Se quedó en la pared de siempre, y ya no se movió. Los huevos estaban casi prontos; lo sentía. Sucedería de un momento a otro. Sabía perfectamente que el tacho de afuera estaba rebosante. La vieja se había dejado estar, otra vez. Allí los pondría. Había un solo problema: Ronald. Desde la partida de Nuria, ya no tenía nadie que la cuidara con recelo. Cada hora que pasaba, él se le acercaba con arrogancia, más y más cerca. ¿Qué pretendía? ¡Molestar, como siempre! Estaba tan infumable, que ya ni los muchachones lo aguantaban por momentos.

En tanto, la vieja, acostada aún, tosió un par de veces. Ronald iba y venía. Sobre el mantel de la mesa del comedor, aún

quedaban migas del budín. Casi todas las moscas se encontraban allí, desayunando.

La vieja volvió a toser.

Ronald, masticando, voló a centímetros de Artura, y amenazó con montarla. Pero a último momento se alejó.

La vieja se levantó a tomar agua con azúcar, pero no le hizo nada. Siguió tosiendo un buen rato, hasta que se le pasó.

Ronald volvió a arremeter. Artura chilló una advertencia, aunque él y ella sabían que no tenía fuerzas para defenderse. Con las pocas energías que le quedaban, voló a posarse contra una esquina.

De pronto, se armó una bronca. Ronald se peleó con uno de sus camaradas. La riña duró un minuto; las moscas se arremolinaron, moviendo alas y patas; y provocando casi el ruido que hacía tío Íbero, en sus días más imbancables. Luego, todo se disipó. Ronald, se apartó de sus compinches, y se quedó un rato solo, sobre una máscara de porcelana. Artura supuso que arremetería contra ella en cualquier momento. Y no se equivocó. Ronald, cruzó velozmente la sala, y se dispuso a montarla, pero ella dio un saltito, y él se quedó atrapado en la telaraña. Esta vez la araña no esperó que le arruinaran su presa. Corrió de forma macabra hacia Ronald, y con sus patas lo envolvió hasta dejarlo como una momia.

#### DÍA 15:

Artura regurgitó un pedacito de fideo, de hacía días. Pasó la noche pesimamente. Al ver que el alba se acercaba, se arrastró más que voló, hacia el extractor de la cocina, y con muchísimo esfuerzo salió al patio. Ya muchas de las moscas madrugadoras se encontraban allí, revoloteando la bolsa. Pero fueron comprensivas, y al ver el estado de Artura, le abrieron paso. Artura se mantuvo por un rato con algunos malestares; y de

golpe, como quien vomita, parió 3536 huevos. Se alivió bastante, aunque sabía que le quedaban otros tantos en su interior. Al rato, con esfuerzo, puso otros 400, pero se retiró exhausta. Las otras moscas, volvieron a alimentarse. Los blancos huevitos cayeron casi todos fuera del tacho: así de precaria fue la cosa. Artura hizo un nuevo intento pero no pudo. Algo la desgarraba.

De pronto la puerta se abrió. La vieja, con cara de sueño, parecía un fantasma; y más aún cuando soltó uno de sus conocidos grititos, al ver el panorama. Buscó en la casa, pero como bien sabía, no había insecticida. Hurgó en los cajones, y encontró un espiral. Eso no le haría nada a una horda de moscas hambrientas, pero acaso sí a la pobre Artura, que no podía moverse.

La vieja maldita prendió el veneno, con un encendedor, y lo colocó junto al tacho. El resultado no fue muy bueno: las moscas huyeron, pero de regreso a casa. Mientras la vieja maldecía, a Artura la fue penetrando el humo tóxico. Se fue adormeciendo con los ruidos de fondo, de la tos de la vieja, o del repasador agitándose para todos lados.

Sería ya mediodía, cuando Artura se pudo incorporar, y poner otros 1600 huevos, pero ya no pudo más. Fue a posarse en unas plantas. El último ruido que oyó antes de fallecer, fue el de la vieja, que al parecer, cayó tumbada de costado, en algún lugar de su habitación.

La ansiedad que socava mis labios
se respira como la poesía que habita en los
escombros de la vida,
simple, serena, dormida.

Caen los revoques de la memoria
como luciérnagas a lo blanco
y ya no queda nada más que un pensamiento,
distante como un eco,
latente como tu mentira.

No siempre quise decir algo
y hoy no es distinto.

La ceguera que enmudece mis labios
se respira como suspiro sin consuelo,

compleja, alzada y puta.

Hay días que amo.

Hay días que creo que amo.

Hay días que creo que me amo.

Hay días que creo que te amo.

Hay días que amo lo que creo.

Hay días que solo amo.

Hay días que creo que solo amo.

Hay días que amo solo lo que creo.

Hay días que amo cuando creo solo.

Hay días que creo solo lo que amo.

Hay días que solo creo que te amo .

Hay días que te amo solo porque creo.

Hay días que estoy solo.

Hay días que amo estar solo.

Hay días que creo estar solo.

Hay días que amo solo cuando creo estar solo .

Hay días que quiero estar solo.

Hay días que quiero.

Hay días que me quiero.

Hay días que te quiero.

Hay días que quiero creerte.

Hay días que solo quiero amar.

Hay días que son solo días.

Hay días que quiero que sean mañana.

Hay días que quiero que sigan siendo hoy .

Hay días que solo te quiero cuando en realidad te amo y me siento solo.

Hay días y días, pero también están de los otros. Hoy pongo el pecho por otros y la bala revienta el corazón.

Nadie porta un arma

pero el casquillo duerme en el pavimento,

humeando en silencio

como si nada importara.

La vida pasa indiferente ante mis ojos.

Todos callan su inocencia

y nadie quiere ver.

La realidad quema retina.

De color odio son los ríos que,

cual manantial,

fluyen debajo de mi.

Un estallido más

remata sin dolor

la fibra de mi existencia.

Resuena en ese vacío que ahora soy

las notas del rencor que nunca quise.

Palpita la última mentira bajo el paladar.

Aprieto en mi mano un calibre con olor ciprés.

Mi peor enemigo siempre soy yo

#### Más amé la vida, más me odié

porque en el silencio que guardan las alas de golondrina, está el magnetismo que nos condena a caer como bólidos que atraviesan la inmensidad del firmamento entero.

Estamos destinados a confundir el paisaje que descubre, cual óleo sobre harapo,

una carroza que duerme a la vera de la ruta.

Viajero que atraviesas el tiempo, dormir ya no se usa.

Hay que seguir como riel

la línea blanca que divide nuestra memoria.

Carroza que duerme, se la comen de costado

y los pedazos que fueron parte hogar, parte historia, ahora son las prostitutas del mundo,

reinas manoseadas y violadas por su propia estirpe.

Por esto ya no creo en las palabras, por amar lo que me rodea y odiar lo que soy.

Como manzana que cuelga de una rama está destinada a caer cerca del árbol, así yo estoy destinado a ser solo eso:

Palabras, tímidos garabatos que alquien escribió en una fina capa de historia Vi una tarántula del tamaño de mi orgullo descansando en el remanso de tu balcón.

Miraba más allá de toda quietud a toda presa que respiraba tu nombre.

Cual antena en la silueta de la noche, dejó entrever la plenitud de su extensión, escondiendo ambos aguijones bajo su tapado color oro miel.

La vi porque vi la baba,
espesa y tibia,
que nadaba frente a tu portón.
Y aún así, a nadie le importa.
Todos pasan,
todos miran

pero a nadie le importa. Impune ella, acecha,

teje en silencio la red que ahogará de ti toda vida.

Yo, cobarde,

callo la advertencia que anuncia salvación y la veo relamerse,

la veo acercarse con magnetismo voraz, la veo gozar el éxtasis de su plan.

Y vos, despreocupada e indiferente, respiras el paisaje, con tintes de tibia paz.

Vi una araña del tamaño de mi miedo interponiéndose frente a tu imagen sobre el vidrio de aquel viejo locomotor.

### Nathalie HC



alcanfor.rosado@gmail.com

### Ernestino



ernestino-q.tumblr.com

Matías de León



literaturaindependiente.info



